

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS RELACIONES INTERNACIONALES

CARI /

Juan Carlos Katzenstein

*Roberto Levillier*

4

Los Diplomáticos

**Roberto Levillier**

Juan Carlos Katzenstein

# Roberto Levillier

Juan Carlos Katzenstein

CARI /

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS  
RELACIONES INTERNACIONALES

Los Diplomáticos

Nº 4 – Octubre 1993

ISSN 1668-9666

El Jockey Club de Buenos Aires se complace en editar el presente volumen de la serie "Los Diplomáticos", que auspicia el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), con la certeza de que contribuye a una obra cultural de señalado relieve al ahondar en las personalidades que han otorgado prestigio a nuestra Nación.

Alfredo Lalor

Presidente

# INDICE

Roberto Levillier .....	7
Bibliografía .....	27



Roberto Levillier

Señores Consejeros  
Señores Embajadores  
Señoras y Señores.

Evocar la figura del embajador Roberto Levillier es una tarea honrosa para un diplomático que cree en la carrera, como él creía en ella y más aún hacerlo al conmemorarse el XXV aniversario del Instituto del Servicio Exterior de la Nación que tanto le debe, y coincidiendo con la II Reunión de Directores de Academias Diplomáticas de América Latina que tiene lugar en estos días en Buenos Aires y muchos de cuyos asistentes nos honran esta tarde con su presencia.

Sin embargo, reconozco que me resultará difícil hacerlo en una conferencia. La amplitud y la profundidad de la vida y obra de Roberto Levillier, tanto en su carácter de diplomático como en el de historiador, me obliga a circunscribir esta exposición, a delinear en forma muy limitada lo que fue y lo que hizo, a esbozar lo que gestó y concretó para que el Instituto del Servicio Exterior sea lo que es, a recordar someramente su obra histórica, a acompañarlo muy rápidamente en sus puestos diplomáticos en los cuales lo que logró, vio y apreció sería demasiado largo de relatar en el tiempo de que disponemos.

No obstante, espero que estas palabras nos servirán para rendirle homenaje, para recapacitar y tener así conciencia de lo que nuestro país, nuestra cultura y en lo particular nuestra diplomacia le deben.

\* \* \*

El diez de abril de 1963, hace poco más de veinticinco años, se dictan los Decretos-Leyes Nos. 2707 y 2708 que suscribe el presidente de la Nación José María Guido y refrenda el entonces ministro de Relaciones Exteriores y Culto Dr. Carlos Muñiz, nuestro presidente, por los cuales, con visión patriótica y realista, se crea y reglamenta el Instituto de Servicio Exterior de la Nación. Culmina así un largo proceso iniciado en 1856 cuando por la Ley Nro. 82 se echaban –aunque muy rudimentarias– las bases de este proceso que se cristalizaba ahora al organizarse la adecuada selección y la capacitación profesional de los miembros del Servicio Exterior y la exclusiva canalización de la admisión de los candidatos al mismo.

Ese mismo día, Presidente y Canciller suscriben otro decreto por el cual se designa como director del Instituto del Servicio Exterior de la Nación al embajador Roberto Levillier. Diplomático e historiador de renombre mundial, con gran experiencia humana y profesional, su nombramiento no podía ser más acertado. Y Levillier aprecia en todo su valor la medida del Ejecutivo, tanto como reconocimiento a su larga trayectoria diplomática y humanista, cuanto por el aporte que su experiencia en dichos campos podría brindar al futuro de la diplomacia argentina. Acepta con entusiasmo y, al mismo tiempo, resignado a tener que abandonar sus investigaciones y trabajos históricos a los que está plenamente dedicado desde hace más de veinte años.

El Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales ha querido dedicar la sesión de esta tarde a la memoria de Roberto Levillier quien, como diplomático, historiador, escritor, investigador y, en lo particular, como primer director del Instituto del Servicio Exterior de la Nación, honró cada actividad a la que dedicó su capacidad y sus mejores energías, y dejó en cada una de ellas, huellas profundas que a su vez lo honran plenamente.

\* \* \*

Nacido en París el 1º de octubre de 1881, cursó sus estudios primarios y secundarios en escuelas argentinas y francesas y los completó asistiendo a cursos universitarios libres y de estudios especializados en Buenos Aires, Londres, París y Bruselas. Ya desde entonces lo fascinaba la historia en general y especialmente la americana, y así lo recordaba José María Bustillo su condiscípulo en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza.

Simultáneamente, ha iniciado sus primeras lides periodísticas. En 1900 se incorpora al diario *El País* que acaba de ser fundado por Carlos Pellegrini y, algo después, lanza con Carlos Brown *El Sport Ilustrado*, explotando en ambos una rúbrica bien novedosa para esas épocas: el deporte.

Ingresa al mismo tiempo en el ministerio de Obras Públicas y durante cuatro años trabaja en tareas totalmente opuestas a lo que serán las de su futuro.

En esa época Levillier traduce del inglés y publica en castellano un corto trabajo de Albert Hubbar cuya fama superaría las pocas páginas que lo componen: *Un mensaje a García*. Como todos recordamos, durante la guerra por la independencia de Cuba, el héroe de Hubbard –el teniente Rowen– recibió la orden de llevar un mensaje al general García que se encontraba en la isla. No tuvo instrucciones, ni indicios, ni se le dio ayuda o escolta... y él tampoco los pidió. A pesar de ello, fue a Cuba, pasó mil peripecias, encontró a García y le entregó el mensaje. Este libro, comentaba su hija Diana muchos años después, "signó durante toda su vida el sistema de trabajo de mi padre: cumplir un objetivo a pesar de todas las vallas que se presentaban en el camino". Compartía, indudablemente, el pensar de Carmen Sylva, la reina poetisa de Rumania, en cuanto a que "los caminos trillados son sólo para los débiles y sin fantasía".

Después de una breve incursión por la medicina, en 1908 se inscribe en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y, al mismo tiempo, entra en la secretaría privada del intendente de Buenos Aires, Manuel Güiraldes. Se estrena asimismo como cuentista en las columnas de la revista *Nosotros* y en el diario *La Nación*, publicando también una monografía intitulada *Alienados delincuentes y delincuentes alienados* que demuestra la amplitud de sus intereses, como lo serían más tarde, junto a sus trabajos históricos, *Tristán e Isolda*, *Problemas de grafología*, *Hamlet* o sus ensayos sobre *La psicología de los sentimientos*.



A mediados de 1909, llegó a Buenos Aires Anatole France. En la comida que se ofreció en su honor lo saludó el Dr. Carlos Ibarguren y el segundo orador de la noche fue, en nombre de los jóvenes cultores de las letras, Roberto Levillier, quien ya se destacaba por su asombrosa madurez. Anatole France, a su vez, respondió señalando como normas indeclinables de la existencia: la lucha, la sonrisa, el amor y la esperanza. Estos serían desde entonces los parámetros que guiarían la existencia polifacética de Levillier, tal como el ejemplo del teniente Rowen signaría su sistema de trabajo.

En 1910 regresa a Europa y durante casi cuatro años viaja, estudia e investiga. En París vive en la rue de Bagneux N° 7 donde se aloja un grupo de estudiantes y artistas sudamericanos entre los cuales varios de sus amigos de Buenos Aires: Lascano-Tegui, Leguizamón Pondal, Bermúdez y Alberto Lagos y el mexicano Diego Rivera. Se discute filosofía, se leen ensayos, se critican los croquis hechos ese día en la Grande Chaumière, se esculpe, se repasan las últimas lecciones, se comparan impresiones. Una vida bohemia, pero de trabajo y sobre todo de grandes esperanzas. Luego, en España, comienza a profundizar sus intereses de investigador histórico y, como resultado, en 1912 publica en París su primer libro *Orígenes argentinos. La formación de un gran pueblo*, que es editado en castellano y en francés y cuyas 130 páginas aportan ya importante documentación inédita y apreciaciones novedosas.

De vuelta en Buenos Aires a mediados de 1912, se lanza con entusiasmo y dedicación incansable (no existen vallas en su camino, como tampoco en los del teniente Rowen) a lograr la aprobación de las más altas autoridades del Ejecutivo, de la Intendencia de Buenos Aires y de la Facultad de Derecho para el estudio orgánico de la historia argentina en el siglo XVI, especialmente sobre la documentación conservada en el Archivo de Indias. En particular, con el apoyo del presidente Roque Sáenz Peña, del canciller Ernesto Bosch y del Ministro de Instrucción Pública Tomás Cullen, investiga en Salta, Jujuy y Tucumán y logra regresar a España. Consulta archivos y bibliotecas de Andalucía, Castilla y Extremadura, reafirmando su concepto de que no se puede hacer obra histórica sin un aporte sistemático de investigación. Da conferencias en el Ateneo de Madrid y en 1915 comienza la publicación de los frutos de sus búsquedas y trabajos, con cuatro volúmenes que serán el origen de su trascendental obra histórica.

En 1916 está nuevamente en Buenos Aires y logra superar un entredicho con Paul Groussac, molesto por los auspicios oficialmente dispensados a Levillier para lo que consideraba "tentativas aparentemente análogas a las suyas y por lo tanto –en el mejor de los casos– inútiles", ya que él también se encontraba dedicado a reunir documentos relativos a la historia del Río de la Plata en los siglos XVI y XVII.

\* \* \*

El 12 de octubre de 1916 asume la presidencia de la Nación Hipólito Yrigoyen y el Dr. Honorio Pueyrredón es designado, el 2 de febrero siguiente, para suceder a Carlos Becú como ministro de Relaciones Exteriores y Culto e invita a Roberto Levillier para que lo acompañe como jefe de su secretaría privada.

Son épocas difíciles para el mundo y no faltas de serias preocupaciones para la Argentina, las que marcan su ingreso al servicio diplomático. No obstante, Levillier encuentra siempre tiempo, sacrificando el sueño y los pocos momentos libres, para proseguir con su gran pasión histórica, desarrollar su plan originario y darle forma orgánica. Considera que el panorama de la historia nacional debe ampliarse y remontarse hacia sus mismas raíces, deben disiparse errores y desdeñarse leyendas, sólo así podrían conocerse cabalmente nuestras realidades, los orígenes de nuestras instituciones, de nuestro ser como nación y, no menos, de nuestros problemas. y afirma al respecto: "los anales de nuestro país van muy lejos en el tiempo y merecen conocerse, sin embargo, impera, en la indiferencia general, el perezoso prejuicio de que giran en torno a Buenos Aires y arrancan de la Revolución de Mayo". Resultado: obtiene total apoyo del Congreso Nacional para que se instituya la Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso que, en los doce años siguientes, editará cuarenta y cinco volúmenes frutos de sus esfuerzos: treinta y cinco de documentos y diez de composiciones originales.

A fines de 1918 es designado Consejero de la Embajada en Madrid, donde se inicia como Encargado de Negocios por enfermedad de su amigo y titular de la sede Marco Avellaneda, debiendo permanecer allí durante cuatro fructíferos años. El escenario político tanto español como internacional que se le ofrece, no puede ser más interesante y más lleno de experiencias útiles.

En España, las pasiones políticas forzosamente silenciadas por la neutralidad observada durante la guerra, volvían a estallar con violencia y la vida socioeconómica se descomponía rápidamente. Los presidentes del Consejo se suceden a pocos meses y Eduardo Dato es asesinado; la crisis de Marruecos agrava aún más la situación y afloran violencias de toda clase, afectando los diversos aspectos de la vida nacional. En vísperas de que Levillier finalice su etapa española, el rey Alfonso XIII confía el gobierno a Miguel Primo de Rivera pero al hacerlo, sólo logra diferir la instauración de la república y la guerra civil que años más tarde asolaría la península.

En cuanto a lo internacional, la atención del mundo se centra en las secuelas de la Guerra. En París está reunida la Conferencia de la Paz que el 28 de abril de 1919 aprueba el Pacto de la Sociedad de las Naciones. La Argentina figura entre los trece países invitados a adherir "sin reservas" al Pacto y como tal a participar de la I Asamblea de la Sociedad de las Naciones que se inaugurará en su sede de Ginebra el 15 de noviembre de 1920.

Se designan para integrar la delegación al doctor Honorio Pueyrredón en su carácter de ministro de Relaciones Exteriores y Culto y a los ministros de la República en Francia y en Austria, Marcelo T. de Alvear y Fernando Pérez, ambos con el rango de embajador. Roberto Levillier es convocado desde Madrid para actuar como secretario general de la Delegación.

Los integrantes se encuentran en París al comenzar noviembre y el 13 llegan a Ginebra. Se suceden los acontecimientos. El 15 se inaugura la Asamblea, el 17 el canciller

Pueyrredón pronuncia su discurso, el 18 es elegido como uno de los vicepresidentes y el mismo día Fernando Pérez presenta un proyecto novedoso y concreto que prácticamente sienta las bases de la actual Organización Mundial de la Salud.

Finalmente, el 4 de diciembre la delegación comunica que se retira de la Asamblea y ello a pesar de la firme oposición que reiteradamente han alegado los ministros Alvear y Pérez. El canciller Pueyrredón en su discurso del día 17 había seguido los lineamientos de las instrucciones recibidas del presidente Yrigoyen al partir de Buenos Aires. Su punto trascendente había sido la enunciación de las propuestas referentes a la admisión a la Sociedad de las Naciones de todos los Estados soberanos, así como, si bien sin derecho a voto, de los Estados no reconocidos; a la composición rotativa del Consejo de la Sociedad y a las modificaciones al proyecto sobre una Corte Permanente de Justicia Internacional. Estimaban por su parte los ministros Alvear y Pérez que la República había adherido "sin reservas" al Pacto de la Sociedad de las Naciones habiendo el propio presidente Yrigoyen ratificado dicha adhesión en carta de fecha 16 de enero de 1920 al presidente del Consejo Supremo de las Potencias Aliadas y Asociadas, Georges Clemenceau. Por lo tanto, mal cabía retirarse ahora, porque las propuestas argentinas, por más justas y atendibles que fueran, pero que indudablemente implicaban substanciales enmiendas al Pacto (aceptado sin reservas) no eran tratadas de inmediato y en cambio eran pasadas a comisión para su estudio hasta la próxima Asamblea.

El 7 de diciembre la delegación abandona Ginebra y regresa a París. De allí Levillier viaja a Londres acompañando al Canciller quien será huésped oficial del Secretario del Exterior del Reino Unido Lord Curzon y, finalmente, a mediados de enero de 1921 se reintegra a su sede en Madrid.

Extraordinaria la experiencia que le había tocado vivir, no sólo por la trascendencia de la reunión en sí y por las repercusiones de la actitud argentina, sino por las gestiones a que había asistido, aunque sólo fuera como colaborador u observador y también por las personas que había conocido o simplemente oído expresar ideas. A rigor de verdad la Asamblea no había sido un ejemplo del sentido político que debía imperar en esos momentos difíciles, ni tampoco del sentido de las proporciones o de la responsabilidad. Sin embargo, reconocía Levillier años más tarde que "La Asamblea hizo mucho para abrir corrientes de cooperación y solidaridad universal". Existían las buenas intenciones y el deseo de construir un mundo mejor, pero la falta de visión, de preparación, de fuerza dinámica y hasta de sinceridad, indudablemente hicieron que partiera de Ginebra concordando con su colega italiano en el Palais des Nations, Daniele Varé, en cuanto a que "la buena voluntad que prevalece en Ginebra, es la de los delincuentes deformados, que no se resignan a abandonar su botín".

A pesar de todo esto, qué escuela del quehacer diplomático y qué suerte la suya de poder lograr, desde los inicios de su carrera, un tal bagaje de conocimiento y experiencia.



El doctor Roberto Levillier como Consejero de la Embajada Argentina en Madrid (izquierda) recibe al Presidente electo, doctor Marcelo T. de Alvear, a su llegada a San Sebastián (1922). Lo acompañan miembros del gobierno español

Lógicamente su estada en Madrid es también muy pródiga en actividad histórica, literaria y de investigación. Fueron los frutos más importantes, entre muchos otros, sus estudios sobre el licenciado Matienzo y san Toribio Mongrovejo, *Organización de la Iglesia y de las órdenes religiosas en el Perú del siglo XVI* y *Los conquistadores del Perú y sus primeros gobernantes*, así como varios volúmenes con documentación ordenada y comentada y hasta un libro de ensayos: *La tienda de los espejos*. En temprano reconocimiento a sus aportes esclarecedores y a su obra que ya se perfila monumental, la Real Academia de la Historia le otorga el codiciado Premio de la Raza que Levillier recibe nada menos que de manos de don Ramón Menéndez Pidal.

Además interviene intensamente en el Congreso Postal Iberoamericano que resuelve considerar todo el mundo iberoamericano como un solo territorio postal, así como en los primeros preparativos de la Exposición Hispanoamericana de Sevilla y trabaja con gran ahínco para lograr un activo intercambio cultural en todos los campos.

En 1922 es promovido a ministro y, poco después, se da término a su misión en España, regresando a Buenos Aires en compañía del doctor Alvear quien acaba de ser elegido para ocupar la Presidencia de la Nación.

Sólo algunos meses permanece en Buenos Aires, pues el presidente Alvear lo designa ministro plenipotenciario en el Perú hacia donde parte con gran entusiasmo de saber y de profundizar en sus dos grandes amores: la diplomacia y la historia de este continente.

Después de llevar ocho años recopilando documentos, casi todos inéditos y prácticamente desconocidos, en los archivos de América y Europa y de haberlos publicado en veinticuatro volúmenes, inicia ahora una suerte de trabajos originales con el fin de reconstruir la historia argentina del siglo XVI sobre nuevas fuentes y documentos que señalan la influencia de las autoridades virreinales del Perú en los hechos que se suceden en lo que luego sería el territorio argentino. Asimismo participa con entusiasmo en las conmemoraciones del centenario de la batalla de Ayacucho y con verdadera devoción recorre los sitios históricos del país, ya fueran de notoriedad en la época incaica o colonial.

Lima, Arequipa y Puno no tienen secretos para él y viaja al valle de Urubamba y hasta Cuzco donde visita como a viejos conocidos la casa natal del Inca Garcilaso, el palacete con el escudo de armas de Jerónimo Luis de Cabrera, el fundador de Córdoba, y la Casa de los Cuatro Bustos convertida en Museo Virreinal y que fuera la casa de Juan, uno de los cuatro Pizarro. De allí sigue a Machu Pichu, donde cada día sale a la luz algún nuevo descubrimiento, y en sus andanzas llega hasta Charcas, de donde se gobernara Tucumán y el Río de la Plata, y hasta Potosí, La Paz y Sucre. Porque, como lo recordaba Osvaldo Loudet, "Roberto Levillier antes de escribir sus historias las vivió en el tiempo y en el espacio correspondientes" y como el mismo Levillier lo expresaba: "He vivido la conquista de América en antiguos pueblos del Virreynato del Perú... peregriné por las aldeas y villas de España en que vieron el día los conquistadores..."

escudriñé sus huellas de gigantes... y comprendí mejor que en cualquier lectura la grandiosidad de esta hazaña..."

En cuanto a su actividad diplomática, gran parte la absorbe la contienda que enfrenta al Perú con Chile por el dominio definitivo de los territorios de Tacna y Arica, por la que toma el mayor interés y preocupación dado que es un pleito que, a su juicio, "ha de terminar en una victoria para el arbitraje" y que, de no ser así, inevitablemente arrastrará a una guerra a dos países hermanos del nuestro. Cómo será que, y él mismo lo menciona en una carta al canciller Angel Gallardo, en ocasión de su matrimonio "no ha podido tomarse un día de licencia pues coincidió con la emisión del laudo y la situación es muy angustiante y no admite alejamiento".

Porque así es, en marzo de 1925 los dos amores que lo acompañaban al llegar se convirtieron en tres. Ha conocido, se enamora y se casa con Jeannette Beatson, quien será de ahora en adelante su inseparable compañera por la que sintió hasta su muerte la más grande veneración. Inclusive coinciden en sus intereses, pues poco después Jeannette publica un libro sobre los tejidos preincaicos de Paracas, así como muchos años más tarde, con la colaboración de su hija Diana y de varios fieles amigos publicó un trabajo que Levillier dejó incompleto, *El Paitití, el Dorado y las Amazonas*.

Amable, generosa, cordial, de una bondad inalterable y de un raro refinamiento, así como poseedora de una cultura tan amplia como sólida, su elegancia estaba ampliamente equilibrada por una inteligencia erudita y por una espiritualidad poco común, tanto como su fragilidad física era sólo emulada por la fortaleza de su espíritu y de sus principios cristianos.

De origen escocés, aunque nacida en Jodhpur donde su padre tenía sede como capitán del Regimiento de los Lanceros de Bengala, había viajado mucho y tenía el don de la ambientación que, sumado a sus otras cualidades, le granjeaba amigos en todas partes. Amigos que lo fueron de verdad y en todo momento, tal como ella misma sabía serlo.

Resultaría difícil, por no decir imposible, seguir hablando de Roberto Levillier, sin pensar que en todo momento y a partir de marzo de 1925, tendremos a su lado a esa incansable colaboradora, a esa gran dama, a esa gran mujer –fuerte como la del Evangelio como lo probó en tantas ocasiones– que fue Jeannette.

Al hablar de ella pienso que hace algunos años leí en un libro de César Viale una cita que parecía estar escrita para ella: "tras una larga y feliz existencia que parecía estar a cubierto de azares dolorosos por los méritos contraídos, vino el infortunio a tocar a su puerta bajo todas las formas que abaten y destruyen".

A mediados de 1927 encontramos a Levillier en Portugal donde ha sido acreditado como ministro. Lo recibe "un estado de espíritu poco amistoso... de frialdad y casi animosidad por parte del gobierno" del general Carmona, que hereda de su predecesor el ministro José María Cantilo a quien injusta y fantásticamente se había señalado como simpatizante del último movimiento revolucionario. Su habilidad, tacto y pacien-

cia logran que la situación se revierta, los malentendidos se aclaren y en un lapso muy breve puede comenzar su acción. Y hace mucho, en poco tiempo, cumpliendo con lo que anuncia al canciller Angel Gallardo pocos días después de asumir sus funciones: "pondré como siempre todo el entusiasmo de que soy capaz para mejorar, si es posible, las relaciones existentes, con el deseo agudo de una mayor observación y de un estudio más profundo de los hombres y cosas de Portugal".

Efectivamente, a su normal labor diplomática agrega conferencias, investigaciones y obtiene que la Facultad de Derecho de la Universidad de Lisboa instituya la Cátedra de Estudios Hispanoamericanos. Con esta creación consagra, una vez más, la secular relación que une Portugal con los países de América española, signada no sólo por orígenes e ideales comunes, sino por el hecho de haber sido Portugal el país que abrió las puertas de Europa al reconocimiento de los pueblos libres de este continente y, en lo particular, el primero en reconocer la independencia argentina.

Sin embargo, muchos proyectos deberán quedar como tales pues a principios de 1928 es llamado a suceder al ministro Hilarión Moreno en Varsovia, desde donde regenteará simultáneamente tres Legaciones: las de Polonia, Checoslovaquia y Finlandia, viviendo momentos cruciales para la historia mundial y prosiguiendo sus trabajos intelectuales.

Son los años en que publica *Biografías de los Conquistadores de Tucumán* y un estudio sobre *Chile y Tucumán en el Siglo XVI* así como los tomos dos y tres de la *Nueva Conquista del Tucumán* y envía a Buenos Aires las que serán sus últimas contribuciones a las ediciones históricas de la Biblioteca del Congreso Nacional.

En lo político, fue una época de muchas acciones y reacciones que directa o indirectamente incidirán en el destino de los países ante cuyos gobiernos está acreditado y, en definitiva, en la historia mundial.

La victoria electoral del nacionalsocialismo, la formación de la Pequeña Entente, la política del mariscal Pilsudski y de su ministro el coronel Beck, para lograr un acercamiento con Berlín, así como los esfuerzos de Francia en obtener una alianza de los países del este europeo –similar a los Acuerdos de Locarno– que sirviera para estabilizar la situación así como para detener las aspiraciones y una eventual agresión germánica, entre otros temas, motivan una nutrida correspondencia de Levillier con su Cancillería. Transmite interesantes impresiones y clarividentes análisis de los acontecimientos, sin prejuicios ni pasiones, basándose en la directa observación y en una equilibrada evaluación... Y lo hace con la visión amplia, profunda e imparcial que debe caracterizar al diplomático, pero también con la del honesto historiador que es, para el cual la historia siempre se repite y es la gran maestra de los hombres.

\* \* \*

En 1932, en uso de licencia, viaja a Francia aceptando una invitación de la Universidad de París y, para inaugurar el Instituto de las Universidades argentinas en Francia,

dicta un curso en la Sorbona sobre "Formación de América y la Argentina" con el que inicia, aportando pruebas documentales irrefutables, su esclarecedora tarea respecto de la llamada Leyenda Negra, a fin de dejar bien sentada la trascendental obra de España al crear este nuevo mundo. Las autoridades universitarias le brindan su respeto y su agradecimiento y el gobierno francés lo despide imponiéndole la encomienda de la Legión de Honor.

Similar sería el tema abordado años más tarde (en enero de 1935) cuando, invitado por el gobierno español (republicano desde 1931 y en vísperas de enfrentar la guerra civil) dicta conferencias en la Universidad de Madrid, en la Academia de la Historia (ya no Real) y en el Centro de Estudios Culturales, sobre el tema general de "Orígenes, crecimiento y decadencia de la Leyenda Negra" que le valen manifestaciones inequívocas de admiración por su autoridad intelectual y su incorporación a varias academias como miembro honorario o correspondiente.

A este respecto el embajador Daniel García Mansilla, en ese entonces nuestro representante en Madrid, informa a la Cancillería: "Roberto Levillier alcanzó un éxito rotundo". "...Tanto de parte del gobierno como de todos los sectores de la opinión nuestro compatriota ha sido objeto de manifestaciones inequívocas de aprecio y simpatía que redundan en beneficio del buen nombre y de la cultura de nuestro país". ..."Se ha granjeado un positivo triunfo: banquetes, discursos, poesías, retratos y caricaturas benévolas y distinciones honoríficas, durante casi quince días ha sido el punto de mira de la simpatía general. El ministro de Estado le impuso solemnemente la Banda de Gran Cruz de la República y el popular diario ABC habla de la posibilidad de dar su nombre a una calle o esculpir su busto a modo de histórico recuerdo".

Levillier –como lo recordaría su gran amigo desde los inicios de ambos en los Archivos de Indias, el padre Furlong– era de aquellos historiadores que lejos de querer amoldar la historia a ideas o ideales preconcebidos, estaba convencido de que había llegado el momento en que la verdad primara sobre los mitos, había que develar los misterios y malentendidos (queridos o no), había que ahondar los secretos y había que separar la realidad de las leyendas. Tenía la convicción de que sólo los documentos podían hacer aflorar las verdades, así como que la imparcialidad que buscaba sería sólo una pretensión o una palabra sin sentido, si no estaba basada en conocimientos reales.

Mientras tanto en Río de Janeiro los representantes de la Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay y Uruguay habían suscripto el 10 de octubre de 1933 un Pacto Antibélico de No Agresión y Conciliación que les había sido propuesto por el canciller Carlos Saavedra Lamas y que era conocido por el nombre de su autor.

A Levillier le encomienda el gobierno argentino la misión especial de hacer conocer este tratado a algunos países europeos y eventualmente obtener su adhesión, sino diplomática por lo menos moral, a sus principios y a su método de combatir preventivamente la guerra, tal como lo consagraban explícitamente todos los Estados americanos en el ámbito de la VII Conferencia Internacional Americana.



Como lo recuerda en sus *Memorias* Salvador de Madariaga, en ese entonces embajador de España en París y delegado ante la Sociedad de las Naciones, Levillier "fue enviado a vender el tratado a los europeos" agregando que solía también "mezclar argumentos en pro del Pacto con otros que realzan los méritos de su autor como candidato al Premio Nobel de la Paz".

Indudablemente, Levillier desplegó buena diplomacia y logró buenos triunfos porque Madariaga que se decía "saturado de pactos", que afirmaba que "el mundo atravesaba un estado pactológico" y que "el infierno estaba pavimentado de buenas convenciones" no dudó en proclamar las bondades del tratado de Río y en destacar que era "digno de la tradición incomparable de la Argentina" dándole además un sólido espaldarazo ("un indispensable buen certificado" como lo llama con no poca soberbia) en un importante discurso que a su respecto pronuncia en la Academia Diplomática Internacional de París, adelantándose así a los respaldos que el Pacto recibió seguidamente en el Consejo de la Sociedad de las Naciones.

En septiembre de 1934 Levillier se incorpora con rango de embajador a la delegación argentina que, presidida por el embajador José María Cantilo, asistiría a la XV Asamblea de la Sociedad de las Naciones. Cabe recordar que la Argentina había permanecido alejada del organismo desde aquel retiro suyo en 1920, con excepción de su participación en la Organización Internacional del Trabajo y de algunas actividades en comisiones consultivas temporarias hasta que, el 25 de septiembre de 1933 el Senado aprobó el Pacto y el Poder Ejecutivo notificó oficialmente la ratificación de su adhesión a las autoridades de Ginebra.

Los acontecimientos y las gestiones no son menos trascendentes de aquéllos a los que le tocó asistir en 1920 y ahora los vivirá en primera línea. La atmósfera reinante es más que agitada ya que problemas candentes motivan un sinfín de negociaciones. La intervención argentina fue destacada y muy útil. En lo particular, Levillier logra que se apruebe el proyecto de publicación por cooperación internacional, de una obra histórica que reconstruya el siglo de los descubrimientos marítimos y de las conquistas continentales, cuya evolución sería seguida por sucesivas conferencias internacionales.

\* \* \*

Al término del año 1934 los Levillier, que ahora son tres, pues su hija Diana había nacido en París en 1929, abandonan Varsovia ya que Roberto Levillier ha sido promovido a embajador y designado para desempeñar la jefatura de la misión en México, que asume al finalizar el verano de 1939.

Pocos meses más tarde es llamado a Buenos Aires por el canciller Saavedra Lamas que lo ha designado delegado argentino y secretario general de la Conferencia de la Paz del Chaco.

El 12 de junio de 1935 los cancilleres de Bolivia y de Paraguay habían suscripto en Buenos Aires y ante los miembros de la Comisión de Mediación, un Protocolo de Paz;

en que solicitaban al presidente Justo que convocara a una Conferencia de Paz que promoviera la confirmación de las obligaciones derivadas de dicho Protocolo, que resolvían los diferendos existentes entre ambos países como secuela de la guerra.

Las tareas de dicha conferencia, magistral y pacientemente presidida por el canciller Saavedra Lamas, se prolongaron hasta el 21 de enero de 1936, día en que los cancilleres de Bolivia y de Paraguay "teniendo en cuenta las afirmaciones y sugerencias conciliatorias recibidas de la Conferencia de Paz acuerdan, con el deseo de alcanzar cuanto antes el arreglo definitivo de sus diferencias" confirmar las mutuas obligaciones emergentes del Protocolo de 1935 y expresar su voluntad de proceder a la devolución recíproca de prisioneros.

Esta Acta, como señalaba Saavedra Lamas en el discurso pronunciado en la solemne sesión de su firma, demostraba claramente "el estado de civilización moral alcanzado por América, la penetración profunda del estado de derecho y del sentimiento de justicia resolviendo los conflictos entre los individuos y las colectividades, el amor a los principios y en especial el de no reconocer adquisiciones territoriales realizadas por la fuerza" consagrando, asimismo, el panamericanismo activo y consciente de que "el concepto de conciliación sólo puede apoyarse en la fuerza moral que fluye de la independencia" y que "la identificación de la fuerza moral con las normas jurídicas es la única que puede dar a la comunidad internacional su estructura universal reconocida".

Colaboraron en la redacción de este documento y lo firmaron, americanos que ilustran y dejaron su impronta en la diplomacia de nuestro continente: Rodrigues Alves, Macedo Soares, Martínez Thedy, Barreda y Laos, Cariola, y por la República Argentina: Carlos Saavedra Lamas, Roberto Levillier y Luis Podestá Costa.

Los trabajos se habían prolongado por casi un año y cuando Levillier se prepara para reasumir sus funciones en México, el canciller Saavedra Lamas le anuncia que ha resuelto que integre la delegación que lo acompañará a la XVII Asamblea de la Sociedad de las Naciones.

Esta designación habla bien claro de las cualidades diplomáticas, del concepto que de él tenía y de la amistad que le dispensaba el futuro Premio Nobel, al que no era fácil contentar sino con lo mejor y lo más apto, coincidiendo con su convicción que "sólo el trabajo y el talento enaltecen".

El clima que encuentran en la Asamblea es glacial. Los delegados tienen la sensación de estar guardando el equilibrio sobre el filo de una navaja y la impresión –como lo expresaba el propio Saavedra Lamas– de vivir "uno de esos momentos de la historia que pueden comprometer en varias generaciones los destinos de la raza humana".

Indudablemente reconocen y deploran el declinar y los innegables fracasos de la Sociedad, pero asimismo rescatan la vigencia de una alternativa: o bien se obtenía que la Sociedad de las Naciones triunfara o una nueva guerra era prácticamente inevitable. Quizás –al decir de Duff Cooper– comparaban la Sociedad de las Naciones con los bomberos. Estos tendrían toda clase de defectos e ineficiencias, pero eran los

únicos capaces de impedir que un incendio se propagase. Por ello, mientras hubiera la más mínima posibilidad de éxito, no había que ahorrar esfuerzos para cooperar con ella.

Apreciaba además Levillier por su parte, que “no había disminuído su confianza en la utilidad de la Liga y que era un honor que exalta, servir a una causa tan noble como es la de oponer a los instintos bélicos fundamentales del hombre, la idea de paz, de justicia por el arbitraje y la consideración jurídica serena de los pleitos más enojosos”.

Esta posibilidad llevaba a nuestros delegados a buscar afanosamente el perfeccionamiento del Pacto, no sólo en sus normas legales sino restableciendo su influencia moral y dándole la fuerza que requieren sus resoluciones, dentro de los límites de la prudencia y la responsabilidad. Para lograr esos fines, para consagrar el principio de la universalidad, aspiran también a que se coordine el Pacto con el Pacto Briand-Kellogg y con el Tratado Antibélico de Río de Janeiro suscripto por iniciativa argentina el 10 de octubre de 1933, el llamado Pacto Saavedra Lamas.

El 21 de setiembre se inician las sesiones y el canciller argentino es unánimemente elegido para presidir los trabajos, siendo el primer argentino en presidir una conferencia internacional de tamaña trascendencia.

Como presidente de la Asamblea, Saavedra Lamas no se concedió pausa y desarrolló una acción incansable, conciliadora e inteligentemente orientada a obtener el progreso de los ideales buscados. Mereció la unánime aprobación y felicitación de los miembros de la Asamblea y la calificación de “hombre de estado indefectiblemente unido a la causa de la paz” que le dio el representante del Reino Unido Ramsay MacDonald.

Por su parte, los demás miembros de la delegación argentina: Enrique Ruiz Guiñazú y Roberto Levillier desplegaron asimismo una agotadora actividad, destacándose por su paciencia, habilidad y dignidad.

Al término de la Asamblea (fines de 1936) Levillier vuelve a México reintegrándose a sus tareas diplomáticas y a su obra histórica. Pero será por poco tiempo más pues, designado embajador en Uruguay a principios de 1937, parte poco después para Montevideo donde su actividad se prolongará brillantemente durante más de cuatro años.

\* \* \*

Los vínculos existentes entre ambos países son a su llegada excelentes y muy positivos. La historia, el espíritu, la razón y los mutuos intereses han forjado eslabones muy sólidos y vitales. Pero Levillier es consciente de que la misión del diplomático no puede ni debe reducirse a la preservación de los mismos ni a contemplarlos con satisfacción y orgullo.

Sabe bien que deberá trabajar y mucho para que continúen desarrollándose sin cesar y con un verdadero espíritu de sana emulación. Sabe bien que siempre hay algo que hacer, que perfeccionar, que acrecentar, ya que en las relaciones entre los Esta-

dos, como en todos los dominios, lo que no avanza infaliblemente retrocede. Y esta posición suya hace que continúen afirmándose cada vez más sectores de la mayor importancia para la comunidad rioplatense.

Se intercambian visitas del más alto nivel y significado, intensifica los contactos comerciales, auspicia ferias y exposiciones en ambos países, funda la Cámara de Comercio Uruguayo-Argentina y pone jalones muy importantes en todos los aspectos de la relación política y económica. Paralelamente dedica cuidadosa atención a los vínculos culturales, promueve viajes de profesores, conferencistas, juristas e intelectuales de primer rango y en los más diversos ámbitos. El mismo se prodiga dictando conferencias de interés común, crea el Instituto Cultural Argentino en el Uruguay y establece en Montevideo una filial del Instituto Sanmartiniano.

Comienza asimismo una nueva serie de publicaciones en *La Nación* que dedica a la evocación del Perú colonial y que serán recopiladas bajo el título de *Estampas virreinales americanas* o *Rumbo Sur* que se prolongarán en *Nuevas estampas virreinales* o *Amor con dolor se paga*, y datan también de esos años su incursión por el teatro con la obra *Rueda de fuego*, así como los dos últimos volúmenes de su biografía de don Francisco de Toledo.

A fines de 1941 su amigo, el canciller Ruiz Guinazú, le ofrece, en nombre del gobierno, regresar al Perú como embajador, pero Levillier declina la propuesta y solicita que se le permita retirarse del Servicio Exterior para poder dedicar todo su tiempo y esfuerzos a completar su obra histórica. Tiene 61 años.

\* \* \*

Desde su regreso a Buenos Aires a principios de 1942, su consagración a la investigación, a la recopilación de documentos y a su obra histórica original es total.

Su producción parece inagotable y sólo comparable a su generosidad para compartir sus conocimientos en conferencias que se suceden tanto en Buenos Aires, como en instituciones del interior del país o del exterior.

Desde 1940 se encontraba abocado al estudio esclarecedor del descubrimiento del Río de la Plata y de la Patagonia, con especial dedicación a los viajes del polémico e incomprendido Américo Vespucci. Agotadas las posibilidades de sus investigaciones en los archivos nacionales, viaja en 1947 a Europa y las completa en Sevilla, Madrid, Milán, Florencia, Venecia, Londres y París haciendo así posible que, en 1948, se publique su trascendente obra *América la bien llamada* que completa posteriormente con una biografía de Vespucci y con la publicación de dieciocho cartas inéditas del mismo. Logra así consagrar la epopeya del florentino como la del primero que llegó a nuestro río y a nuestras costas australes bien antes que Juan de Solís y Hernando de Magallanes siendo también el primero en divisar las islas Malvinas.

Al mismo tiempo, colabora en la *Historia de la Nación Argentina* que edita la Academia Nacional de Historia, a la que pertenece como miembro de número desde 1956, y dirige la *Historia Argentina* de Plaza y Janés.

\* \* \*

Como decíamos al principio, en abril de 1963 se crea y se delinea el Instituto del Servicio Exterior de la Nación, cristalizándose así la única solución posible frente, por una parte, a la improvisación y, por la otra, a las necesidades de la diplomacia argentina ante los condicionamientos de una nueva etapa de la relación en un mundo ampliado y cada vez más complejo. Su institución hizo honor a quien por su erudición profesional, por sus experiencias tanto dentro como al frente de la Cancillería, y por su visión progresista del problema, fue su inspirador y fundador, el ministro Carlos Muñiz.

Pero su acierto no se detuvo allí, sino que se prolongó al proponer como primer director del Instituto al embajador Roberto Levillier “el diplomático argentino que por su carrera como tal y por sus títulos intelectuales, más relevancia tenía” como bien lo afirmaba el embajador Máximo Etchecopar, que fue su sucesor al frente del Instituto años más tarde.

Con la experiencia que le dan sus actividades diplomáticas, con su humanismo indiscutible, con su solidez intelectual, con su vocación de servicio y con las dotes de energía que siempre lo caracterizaron, enfrenta resueltamente su tarea. Y lo hace con la enorme satisfacción de ver concretarse en su patria lo que considera como un progreso civilizador de vigencia casi universal destinado a adecuar los jóvenes a una cultura diplomática y general, de exigencias cada vez mayores.

Sabe bien que los cambios operados en el mundo, la complejidad de los problemas –tradicionales o nuevos– la multiplicidad de los temas y el nacimiento de infinitos organismos y agrupaciones, determinan para la diplomacia nuevas obligaciones y hacen imperativo remodelar los órganos de acción de la política exterior, ajustándolos al desafío enorme de las necesidades modernas.

Con ese fin, habrá que adaptar a los veteranos, tanto como preparar convenientemente a los principiantes, reglamentando además su ingreso. Una formación adecuada se convierte en un problema impostergable, si se quiere estar en condiciones de contar con el elemento humano más apropiado para defender, como corresponde, los intereses nacionales en un mundo tan ampliado como complejo.

Concordaba Levillier con que “durante siglos y manteniendo inmutable vigencia, las normas formativas del diplomático eran: el sentido común, el tacto, la firmeza, el espíritu crítico y de observación, la sutileza verbal y la paciencia en el esfuerzo, todo ello asentado en una sólida base jurídica, política y cultural”. Pero esto ya no bastaba; había –y era fundamental– que preservar esa base pero al mismo tiempo había que saber más y saber mejor. Los temas económicos, estratégicos, tecnológicos, financie-

ros, nucleares, comerciales y de cooperación general eran también ahora elementos de primera magnitud en el escenario internacional.

Con la autoridad de su experiencia, Levillier reconoce que una erudición tan diversificada no era posible adquirirla tan solo con un título profesional, como no sería posible que la adecuación de los jóvenes que anhelaba, la aprendieran de la simple docencia universitaria. Hubiera sido, estimo yo, lo mismo que encontrar en el hombre común y aun en el político corriente la combinación de cualidades personales e intelectuales (no digo mejores, pero sí diferentes) que deben caracterizar a un diplomático.

Con ese fin quiere que los candidatos al Servicio Exterior posean estudios universitarios que hagan presumir con válidos fundamentos, su preparación. Pero, asimismo, considera que ésta debe ser comprobada en un coloquio determinante de su ingreso al Instituto, en el que en especial se explorarán también las condiciones personales innatas que debe poseer todo diplomático. Esa base a la que aludía el embajador del Brasil Mauricio Nabuco al decir "que el individuo nace diplomático y sus condiciones son intrínsecas sin perjuicio de aquellas otras muy necesarias que en más se adquieren o desarrollen con el tiempo". La misma base a que hacía referencia nuestro Mario Amadeo cuando afirmaba, con un profundo conocimiento de la diplomacia y de sus hombres: "las relaciones internacionales y su manejo requieren como todo quehacer humano, una base indispensable de condiciones personales muy particulares, y también conocimientos especializados. Y esto no se improvisa".

Acreditada esta idoneidad personal y profesional en el coloquio, quiere Levillier que ese Instituto, que debe plantear y regentear para que configure un todo homogéneo de calidad superior y eficiencia, imparta la preparación profesional más específica y actualizada, difunda la cultura en su más elevada acepción y en sus más diversas facetas y disciplinas y que estas enseñanzas sean profundas y extensivas, para así permitir una sólida preparación que refleje los valores nacionales y sea acorde con las exigencias de la vida internacional. Considera que, solamente así, se logrará que los requisitos de la admisibilidad se completen apropiadamente llevando a culminar en la admisión definitiva en la carrera y, en posteriores etapas, en el perfeccionamiento y en la actualización de los funcionarios de las jerarquías intermedias.

Solo así, sumándose a la base de cualidades personales los requisitos profesionales generales, y a estos una adecuada preparación específica a nivel académico; y consagrándose una selección para el ingreso a la carrera obligatoriamente hecha por la categoría inicial del escalafón, y una permanente capacitación al día en las etapas posteriores, se lograría el todo institucionalizado, el Instituto que Levillier consideraba ideal. Este Instituto que debía ser el único órgano nacional destinado a seleccionar, a formar y a capacitar adecuadamente a los representantes diplomáticos de la Argentina en todo aquello necesario para el mejor desempeño de sus funciones. En ese todo, que supone fondo pero que no debe olvidar la importancia de las formas, que se aprende como ciencia o profesión y se debe practicar como un arte y como un oficio vivo, para poder ser actor y testigo de una etapa en que le toca actuar.

Y al respecto escribe en el diario *La Nación* un artículo intitulado "La nueva diplomacia internacional" en el que expresa: "Las sociedades progresistas al remodelar la estructura de su aprendizaje diplomático prestigiaron el escalafón –base de toda carrera– como método inviolable de ascensos y consideraron primordial la preparación idónea". "Así perfeccionaron la nueva diplomacia, pues la carrera vegeta sin la supremacía de la selección que surge de las pruebas de idoneidad, decae sin el aprendizaje técnico y queda desgarrada sin la justicia del escalafón". "Nada puede ser más importante que abrir camino a la juventud y lograr que, en cada carrera, prevalezcan la idoneidad y la justicia, contra todo intento de privilegios".

Prácticamente un año estuvo Levillier al frente del Instituto durante el cual contó con el resuelto apoyo del subdirector Enrique Ros, hoy nuestro embajador en Japón, y de otros valiosos colaboradores.

Uno de estos colaboradores, el Dr. Juan Carlos Ghiano, que se preciaba mucho de haberlo sido, recordaba que Levillier tenía "una generosidad intelectual abierta al servicio de quienes coinciden en las disciplinas que lo develaban, y de esta forma rubricó lo que fue la lección diaria de su carácter. Esta amplitud se extiende a sus actividades diplomáticas, a sus cargos y representaciones oficiales", "al rigor con que planeó y dirigió el Instituto del Servicio Exterior". "Siempre buscando y sin recalcarlo, que los demás cumplieren sus deberes como él mismo los cumplía...", y agrega el Dr. Ghiano: "lo mucho que aprendí de él, se suma en lecciones humanas e intelectuales, ganadas en la naturalidad de los diálogos de quien acrecía la conciencia vigilante de sus interlocutores, para acercarlos a su nivel".

A poco de asumir sus funciones, comprobó que los requisitos de ingreso al Instituto debían ser superiores a los fijados originalmente en el Decreto Nro. 2708 e impulsa la primera reforma tendiente a perfeccionar la institución. Esta se concreta en el Decreto N° 8712 de octubre del mismo año de 1963, por el cual se exige que los aspirantes, al incorporarse al Instituto posean un título universitario si bien, de ninguna manera, se los eximirá por ello de los exámenes de idiomas y de un amplio coloquio general. Indudablemente Levillier comparte la sagaz apreciación del embajador Daniele Varé, su colega italiano en la Sociedad de las Naciones allá por el año 1920 sobre que: "la tendencia a valorar el intelecto sobre todas las cualidades de un diplomático, hace olvidar otras muy importantes como el buen sentido, la prudencia, la paciencia y el señorío en su verdadera y mejor acepción", que sólo se pueden detectar en un coloquio.

El plan de actividades del primer año de existencia del Instituto resulta bien ilustrativo de la incansable actividad desarrollada por el embajador Levillier, tanto personalmente como por medio de sus colaboradores en los diversos campos, entre los que ha incluido eminentes catedráticos universitarios, así como funcionarios de la Cancillería especializados en determinadas materias. A las disciplinas directamente relacionadas con la Carrera, agrega un amplio programa de difusión cultural del que participan, tan solo en el año lectivo 1963, cuarenta y dos personalidades disertando sobre derecho, economía, historia, letras, ciencias y artes. Diecisiete aspirantes de los sesenta y seis presentados al concurso de ingreso en mayo de 1963, siguieron el curso y catorce de

los mismos aprueban el coloquio final siendo admitidos en el Servicio Exterior en los primeros meses de 1964.

Días antes de esto, que fue el primer fruto concreto de su trabajo, Levillier ratificaba su renuncia a la dirección del Instituto pues está en total desacuerdo con algunas modificaciones que se desea introducir en la Reglamentación tanto del Servicio Exterior como del Instituto.

Su renuncia fue aceptada y el proyecto de Reformas aprobado como Ley de la Nación. Menos de dos años más tarde la situación se revertía y el Instituto volvía a ser el único instrumento idóneo destinado a la adecuada selección y capacitación profesional de los miembros del Servicio Exterior que anhelaba su primer director y que afortunadamente continúa siendo.

\* \* \*

Levillier entonces volvió a sus lecturas, a sus documentos, a sus escritos, tal como lo representó en su cuadro el pintor Miguel Del Pino. Su noble y positiva actitud ante la vida y su amor por la verdad, se había proyectado asimismo hacia la cultura artística que apreciaba y conocía, sin negar valor a ninguna de sus expresiones. Los tres miembros de la familia compartían ese culto, convirtiendo la casa de estilo Tudor en la calle Juncal donde pasaron el último período de sus vidas, en un verdadero relicario de dispersos recuerdos, donde el alma de las cosas unía memorias vividas en diversos países, con manifestaciones de culturas bien variadas en sus expresiones, épocas y orígenes.

Desde el señero personaje que recibía a los visitantes en la entrada, hasta la biblioteca cargada de libros valiosos de siglos pasados, últimas ediciones argentinas y extranjeras, carpetas, atlas y ficheros, todo hablaba de los intereses, del gusto seguro, del refinamiento y de la curiosidad intelectual de los dueños de casa. Todo, desde las miniaturas moghules de origen familiar, hasta los pintores modernos, desde las tallas barrocas, a las colecciones de arte popular, desde las porcelanas chinas y las diversas platerías hasta los exponentes del arte precolombino y colonial (lógicamente no podían faltar), todo ratificaba su amor por el arte, así como sus apreciaciones atestiguan su conocimiento por el teatro o la música. La literatura y la historia, por la lógica y por justicia, demás está decirlo, estaban ya firmemente asentadas en ese hogar como en casa propia, en ese ambiente netamente intelectual y humanista donde el concepto de cultura rebasaba generosamente los niveles normalmente previsibles.

Aún tenía mucho que hacer, aún era largo el camino que soñaba recorrer, aún eran muchas las verdades a ser develadas sobre nuestro continente. Se suceden publicaciones, conferencias, tratados, más distinciones y premios. Mantiene una activa correspondencia, así como con mente clarísima se adentra en interminables conversaciones sobre sus temas preferidos. Anuncia siempre nuevos proyectos sin percibir que el tiempo se agota. Prosigue sus tareas con incansable entusiasmo como en sus



mejores tiempos y disfruta como lo ha hecho siempre y por sobre todo, de su familia y de sus amigos.

A pesar de su teórico retiro y su avanzada edad, no cesa de continuar manteniendo sólidos y continuos vínculos con la Cancillería. En octubre de 1966 es designado para presidir la Comisión para la Publicación de Documentos Históricos, cargo al que renuncia en 1968 siendo entonces nombrado Presidente Emérito Permanente "por su valioso e inestimable aporte personal" que compromete el reconocimiento de la Cancillería, como lo expresa la nota ministerial firmada por el canciller Costa Méndez. Y también se vuelve a acercarse al Instituto del Servicio Exterior, a SU Instituto, donde inaugura una serie de disertaciones para jóvenes diplomáticos que estarían a cargo de embajadores extranjeros acreditados en Buenos Aires.

Y, el 19 de marzo de 1969, a los ochenta y siete años, fallece en Buenos Aires, precisamente coincidiendo con el día aniversario de su matrimonio que él consideraba como el más feliz de toda su existencia.

El día antes llegó a sus manos un mapa que había pedido a la Biblioteca Nacional de París para completar la documentación necesaria para un libro que tenía en preparación. Hasta la víspera había vivido como le había gustado vivir su existencia de historiador.

Por otra parte, había logrado ya plenamente lo que, según un escritor del siglo pasado, debe ser la aspiración de todo diplomático: la paz de su conciencia por el deber cumplido; la estima y el respeto de los países ante los cuales había servido y la aprobación de su gestión por parte de su propio gobierno.

La vida de Roberto Levillier había sido larga y fructífera. Vivió en función de servir, consciente de que "la vida se nos da y que la merecemos dándola" con nuestras obras y con nuestro ejemplo.

Hizo durante su vida muchas cosas, y las hizo muy bien. Representó los intereses de su país con brillo y dignidad en España, Portugal, Perú, México, Polonia, Checoslovaquia, Finlandia y Uruguay; asistió en su nombre y defendió sus posiciones en tres Asambleas de la Sociedad de las Naciones y en la Conferencia de la Paz del Chaco de la que también fue Secretario General; fue el primer director del Instituto del Servicio Exterior de la Nación. En obra realmente monumental, por su cantidad y significado, compiló cuarenta volúmenes de documentos históricos inéditos, y dos de estudios geográficos, escribió gran cantidad de trabajos originales sobre temas históricos, además de cuentos, ensayos, e investigaciones cartográficas. Recibió distinciones honoríficas de muchos gobiernos y entidades y fue incorporado a las más prestigiosas instituciones argentinas y extranjeras, entre las que revisten particular significación la Academia Nacional de la Historia, así como la Real Academia de la Historia de Madrid de la que por largo tiempo fue el único miembro latinoamericano, y sus hermanas de Perú, Chile, México y Uruguay, y el eco de sus palabras aleccionadoras marca rumbos en los claustros universitarios de América y Europa.

Como decíamos anteriormente, vivió en función de merecer la vida, en permanente función de servir.

Sirvió por sobre todo al país que quiso suyo, con ejemplar patriotismo, con extremo sentido de responsabilidad y con generosidad poco común. Lo sirvió asimismo con su inalterable adhesión a los ideales de justicia, verdad y libertad, sin vacilaciones y sin concesiones, como bien lo demostró en las horas de prueba.

Sirvió a América, su "América la bien llamada", al esclarecer debidamente sus orígenes con una sed de verdad tesonera y honesta, y colaborando a entretejer una red de comprensión y cooperación entre sus pueblos.

Sirvió a su familia con veneración y con el testimonio de su vida.

Sirvió a sus amigos, con su espíritu conciliador, con sus equilibrados consejos, sus conversaciones y su fino tacto, con su profunda simpatía y caballerosidad, con la ejemplar tenacidad de sus afectos.

Sirvió a los jóvenes enseñándoles con su pluma y con su palabra, pero en primer lugar con su propia conducta y, en lo particular, sirvió a los jóvenes diplomáticos indicándoles como único camino a seguir el que conjuga la versación apropiada y los valores morales.

Sirvió a todos con el ejemplo de su larga y profunda existencia en la que, como lo recordaría el Padre Furlong en su entierro, las pasiones estaban sometidas al entendimiento y a la voluntad; la voluntad a la moral y el entendimiento a la verdad; en un todo dirigido y elevado por la religión.

He aquí a Roberto Levillier, el hombre completo, el hombre que descubrió, escribió y también hizo buena parte de nuestra historia, así como proyectó nuestra historia futura al asentar las bases de nuestro Servicio Exterior.

## Bibliografía

- AMADEO, Mario, "Manual de Política Internacional", Buenos Aires, 1978.
- ARCHIVO DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES y CULTO.
- BOLETINES DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (Vol. 27, año 1956; Vol. 42, año 1969 y Vol. 52, año 1979).
- CORNEJO, Atilio, "Levillier Historiador de América", Salta, 1952.
- CUTOLO, Vicente Osvaldo, "Historiadores Argentinos y Americanos (1963-1965)", Buenos Aires, 1966.
- "Diana Levillier 1929-1975", Ed. J. Levillier, Buenos Aires, 1978.
- COOPER, A. Duff, "Au delà de l'oublié", Paris, 1960.
- GALVEZ, Manuel, "Vida de Hipólito Yrigoyen", Buenos Aires, 1945.
- GALLARDO, Angel, "Memorias para mis hijos y nietos", Buenos Aires, 1982.
- "La República Argentina ante la Liga de las Naciones" (Recopilación de documentos oficiales), sin lugar ni fecha de edición.
- JUSSERAND, J., "L'école des Ambassadeurs", Paris, 1934.
- LEVILLIER, Roberto, "La nueva diplomacia-Perspectivas argentinas", artículo publicado en *La Nación* del 25 de octubre de 1964.
- LEVILLIER, Roberto, "Carnet de un diplomático", Buenos Aires, 1942.
- LEVILLIER, Roberto, (diversos artículos publicados en *La Nación*, *Nosotros*, *Revista de Derecho*, *Historia y Letras*, *Voluntad*, etc.).
- LEVILLIER, Roberto, (prólogos de diversas de sus obras).
- LEVILLIER, Roberto, "Carta de fecha 7 de marzo de 1964 dirigida al señor ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Dr. Miguel Angel Zavala Ortiz".
- LUNA, Félix, "Yrigoyen. Un templatario de la libertad", Buenos Aires, 1954.
- LUNA, Félix, "Alvear", Buenos Aires, 1982.
- MADARIAGA, Salvador de, "Memorias-Amanecer sin mediodía", Buenos Aires, 1976.
- MEMORIA ANUAL DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES y CULTO.
- MUJICA LAINEZ, Manuel, "Los Porteños", Buenos Aires, 1980.

NABUCO, Mauricio, "Algunas reflexoes sobre a diplomacia", Río de Janeiro, 1956.

NOEL, León, "Conseils à un jeune français entrant dans la Diplomatie", Paris, 1948.

SAAVEDRA LAMAS, Carlos, "Por la paz de las Américas", Buenos Aires, 1937.

SANDOVAL, Felipe de, "Diálogos sobre la Diplomacia", Madrid, 1944.

SILVA, Carlos A., "La política internacional de la República Argentina", Buenos Aires, 1946.

SIVORI, José F., "Honorio Pueyrredón (La tierra y una política internacional)", Buenos Aires, 1963.

TABOUIS, Geneviève, "Vingt ans de suspense diplomatique", Paris, 1958.

UGARTECHE, Pedro, "Educación diplomática antigua y moderna", Buenos Aires, 1964.

VARE, Daniele, "Il diplomatico sorridente", Roma, 1948.

VIALE, César, "Cincuenta años atrás", Buenos Aires, 1950.